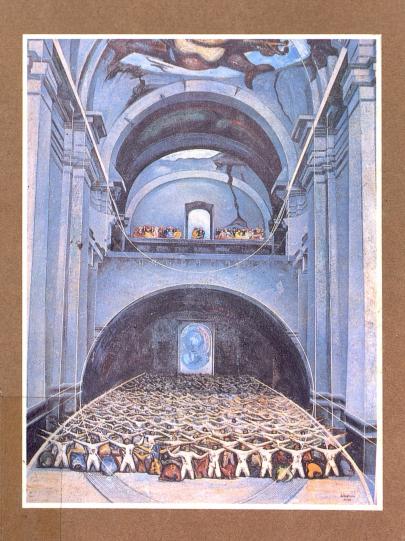
EL VERBO POPULAR

Andrew Roth Seneff y José Lameiras

Editores



EL COLEGIO DE MICHOACÁN iteso

EL VERBO POPULAR: DISCURSO E IDENTIDAD EN LA CULTURA MEXICANA

Andrew Roth Seneff
José Lameiras
EDITORES





ÍNDICE

Presentación y agradecimientos	9
Introducción. Cultura, identidad y discurso popular Gilberto Giménez	13
Parte 1. Ensayos	
1. Variaciones sobre el sentido poético del discurso popular Paul Friedrich	31
 La categoría "popular" y los debates sobre "lo mexicano". El caso de las chingaderas Andrew Roth Seneff 	47
3. Chucos, cholos y chusma: estigma e identidad pachucos Laura L. Cummings	67
Parte 2. El discurso instituido	
4. Tres relatos, tres interpretaciones y un asunto: la identidad popular en Payno, Altamirano y López Portillo y Rojas José Lameiras	91
5. Identidad y cancionero popular Catherine Héau	127
6. La identidad social en el refranero mexicano Herón Pérez Martínez	145

Parte 3. El discurso incorporado

7. Discursos, rollos y camaleones. Las tonalidades claroscuras de la producción discursiva en las bandas juveniles Rossana Reguillo	187
8. La Gran Familia. Identidad y reproducción social Ricardo Fletes Corona	201
9. La comunicación en la Gran Familia y de la Gran Familia Rosa Verduzco	217
Bibliografía	235

4

TRES RELATOS, TRES INTERPRETACIONES Y UN ASUNTO: LA IDENTIDAD POPULAR EN PAYNO, ALTAMIRANO Y LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS

José Lameiras

"Lo temporal domina lo eterno" Ignacio M. Altamirano

No es tarea fácil pensar razonadamente y escribir algo legible y significativo sobre la identidad popular instituida, sobre todo cuando se repara en la relación entre identidad y discurso, en la diversidad lírica que implican los parlamentos emanados del pueblo —con todas las tonalidades que exhiben por el contraste de sus cotidianidades— en el ensimismamiento al que conducen las fiestas, jolgorios, juegos, ferias, comilonas, ritos báquicos, pleitos, catástrofes, siniestros, triunfos y derrotas en las identidades del vulgo o en cualquier identidad interna de grupos segregados de sociedades mayores o en las que se generan en las relaciones de estas con aquellos.

Refranes, canciones, mitos de divulgación, jaculatorias y oraciones pueden ser abordados con relativa facilidad en términos discursivos, al igual que las hablas de moda y las memorias colectivas, frente a los contenidos narrativos y representativos que muestra la literatura novelada en distintos estilos al ocuparse de seres y haceres en la vida pública, particularmente en la vida del pueblo.

* El Colegio de Michoacán.

Pero ¿cómo distinguir lo popular de lo no popular; lo tradicional de lo no tradicional, cuando los límites entre el pueblo y otras condiciones sociales, incluida la aristocracia, se confunden en interacciones en lo cotidiano y en lo excepcional, como se muestra en Los bandidos de Río Frío,¹ en Paisajes y leyendas, Tradiciones y costumbres² y en La parcela,³ las novelas de que nos ocupamos?

Antes de rescatar información social y cultural —con todo lo que ellas implican— de la novela histórica, de la costumbrista y de la romántica, generadas en el México decimonónico, me propongo en este trabajo dar cuenta e interpretar implícita y someramente algunas exégesis que sobre la cultura e identidad popular hicieran Manuel Payno (1810-1894), Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) y José López Portillo y Rojas (1850-1923) en las obras arriba citadas. Para ello expondré primero algunas guías conceptuales que se refieren a la identidad y a lo popular, luego citaré temas y narraciones que, a manera de etnografías, permiten comparar versiones de lo popular y lo no popular entre los autores y llegar a algunas conclusiones sobre la identidad popular vía la propia selección de textos.

Conviene antes advertir que, no obstante la relación temática que relativamente existe entre las tres novelas; tanto la prosa y sus finalidades literarias, como las intenciones ejemplares e instructivas de cada una las muestran personales y diferentes, comparables y contrastables, relativizables en un modelo común de identidad popular instituida. Tales contrastes son congruentes. No obstante participar en un campo común —el literario— las percepciones y apercepciones de un Payno, un Altamirano y un López Portillo y Rojas sobre la indiada, la pobrería, la plebe, la clase media en formación y las élites de pertenencia diversa no resultan ser las mismas.

Estas distinciones se deben en parte a las diferencias de origen y trayectoria social de cada uno de estos autores; a su pertenencia e integración generacional, a los roles públicos y privados que les tocó cumplir en su tiempo y, desde luego, a su afinidad o disparidad con sistemas de significación de los que participa un conjunto social, como el de los escritores o como otros que comparten "los de abajo".

EL SER, ENTRE SU HISTORICIDAD Y SU MOMENTO

Sin profundzar en lo institucional de la cultura popular —o de cualquier otra forma de organización de la vida y de la asignación de sentidos a las relaciones, interacciones y representaciones sociales—convendremos en que lo institucional se refiere, en forma muy general, a cualquier práctica o actitud suficientemente establecida por una colectividad social. Ello implica historicidad, tradición, comunicación y participación común en una serie de espacios; desde el que hollan los pies y las viviendas, hasta los que tratan de recobrar las necesidades, las demandas, los recuerdos y la memoria de los seres ya no existentes. Más particularmente, las instituciones resultan configuraciones sociales con cierta constancia y consistencia, constituidas en términos de una dimensión simbólica y de comunicación, de participación en quehaceres y queveres; son igualmente materializaciones sociales compuestas fundamental y paralelamente por una inmediatez y una tradición o memoria colectiva: un aquí y ahora aunado a un allá y entonces.

Una lectura tripartita, pero integral; distintiva, al mismo tiempo que comparativa; desde las profusas redes sociales que acusan Los bandidos ... a la intimidad del origen indígena revelado por los Paisajes y leyendas y al sentido de la lucha por la tierra que se acusa en La parcela, obliga a ocuparse del problema de la identidad; tanto desde la superficie y en lo abstracto, como en lo íntimo, lo específico; lo real, lo emotivo; de lo que llega a ser finalmente inascible, tanto para el literato como para el científico social.

La vida diaria, independientemente del peso que implica lo sabido sin haber sido reflexionado, supone una cadena interminable de incorporación de nuevos entendimientos, tras experiencias e internalización de éstas. Así las instituciones, las tradiciones, la vida cotidiana y el intercambio social son tan fuertes e importantes como sus contrapartes: las aboliciones, el conflicto, las innovaciones y los cambios, las diferencias de clase, los desniveles de poder... los pudores en el amor, en las lealtades, en las identidades, en los desafectos hacia los linajes familiares, étnicos o de otra índole.

La construcción de identidades y alteridades —populares o no—aparece en forma directa y subyacente en las tres novelas que nos ocupan. Las instituciones que en ellas se denotan —desde la familia hasta el Estado, vía un sinnúmero de prácticas aceptadas— muestran

las contradicciones (desigualdades) que dan lugar a particularidades en términos de los desarrollos que, desde sus niveles más básicos, originan conflictos, distinciones y oposiciones sociales y culturales.

Es probable que, desde las supuestas ficciones que la novela implica, nos encontramos ante hechos de sentido, sustentados en diferencias de valores indicativos. De ahí se pasa a la apreciación de las distinciones culturales y a las intimidades diferenciales, en comparación a las exterioridades (estereotipos) obligadas que los autores nos presentan en los cuerpos, las personalidades y los sentimientos de sus personajes. En esta forma, a pesar de las reiteradas relaciones e interacciones de los actores, no queda más que distinguir entre un "nosotros" y un "los otros". En tales problemas de identidad uno puede elegir entre los autores, sus tramas y sus personajes.

Otras cuestiones sobresalen respecto a lo que se ve de la vida y lo que se interpreta sobre ella; a lo que se concibe como lo real, a partir de su percepción como una representación y se comunica literariamente como una realidad. Entre los mundos vividos y los narrados; sin haber un abismo, existe una distancia entre la experiencia y la reflexión sobre ella, entre el pasado y la apremiancia del presente, y no es otra cosa que la consignación literaria de realidades e inquietudes sociales, de luchas y pugnas por reivindicaciones que, teniendo antigüedad, encuentran en las coyunturas, en los encuentros fortuitos o en la oportunidad las formas de manifestarse.

En tales expresiones confluyen diferencias y resultan identidades; así es desde la oralidad y la comunicación, la grupalidad, los comportamientos en las comidas, la culinaria y los placeres gustativos, los cortejos sexuales; la utilización del espacio para prácticas diversas, los ciclos vitales y el aprendizaje, hasta las instancias lúdicas, defensivas y adaptativas a diversos medios.

Restan algunas referencias a la tradición y a lo popular. Hablar de tradición es hablar de tiempo, de generaciones; de transmisión de creencias y de modos de hacer. La tradición implica conservar y lo conservado es una verdad o un valor incuestionable, viene de los precursores, funde el pasado con el presente. En las tres obras que nos ocupan se aprecia por un lado lo tradicional, por otro se le culpa de la transmisión de errores, supersticiones, vicios y prejuicios que se oponen al progreso.

En cuanto a lo popular, implica condición social. La noción actual de "cultura popular", por lo común contrapuesta a "cultura dominante", "cultura de élite" y "cultura de masas", no parece del todo adecuada para destacar la cultura popular decimonónica en México. El que las clases dominadas realicen un proceso de fabricación de su cultura "a partir de su interacción directa y como respuesta a sus necesidades", resulta impreciso; no así concebir que "La cultura popular es cultura de los de abajo, fabricada por ellos mismos, carente de medios técnicos, [que] sus productores y consumidores son los mismos individuos: crean y ejercen su cultura" (Margulis, 1983: 43-44).

No obstante, el pueblo, lo popular en los escritos que nos ocupan, no se presenta como una comunidad homogénea en términos de una voluntad de vivir bajo un mismo sistema legal. Salvo el mantener la vida y superar el nivel de la pobreza, poco aparece una comunidad de intereses o el consentimiento a un mismo derecho. Dentro del pueblo que describen nuestros autores vive un conjunto social reacio y contradictorio a lo que se podría considerar como un mismo orden social; este conjunto es la plebe o populacho que forma parte esencial de la vida cotidiana del pueblo en general. Con la excepción de la religión y de una sujeción relativa al gobierno, el pueblo que se exhibe muestra diferencias relacionadas con sus diversos procederes regionales, origen étnico, tradiciones, usos y costumbres particulares; ello viene desde la nacencia, como observa Altamirano:

Fenómeno del cerebro o misterio de la idealidad, el hecho es: que las impresiones de la niñez resisten al tiempo, a los dolores y convulsiones de la vida. En el espíritu del anciano se sumergen en la sombra los recuerdos de la juventud, y aun los sucesos de la vida viril, pero se alzan siempre claros y límpidos recuerdos de la infancia, alumbrados por una aurora rosada y dulce, la aurora de los primeros años (1986: 37).

Probablemente, debido al nacionalismo que en mayor o menor grado compartió esta tríada de escritores, les llevó a considerar al pueblo como una especie de "Espíritu de Nación". Planteado esto, quizás un mejor concepto de identidad popular se refiere a la percepción colectiva de un "nosotros", en cierta manera igualitario, frente a los "otros"; de "los de abajo", con su lenguaje o sociolecto, sus peculiares estilos de vida, sus formas distinguibles de comportamiento y sus maneras de representarlo públicamente frente a "los otros". Por ello,

la reciprocidad en la comunicación simbólica y su fundamentación en sus relativas condiciones materiales han de tomarse en cuenta.

Mas, pueblo, cultura, identidad e institucionalidad se relativizan cuando la perspectiva del escritor o su interés se centra en el medio rural o en el urbano; en los indígenas, los mestizos, los criollos, los descendientes de africanos; en la comunicación o incomunicación entre estos productos del intercambio sexual. Relacionado con esto han de apreciarse los juicios de valor que no son infrecuentes, las adjetivaciones y calificaciones que nuestros autores hacen de los actores —reales o ficticios— que incluyen en sus narraciones.

Vistos en tal forma nuestros narradores son distintos; lo único que los iguala es la ausencia de actores e interacciones con la negritud y la omisión de un resaltamiento de la retroalimentación entre los sistemas simbólicos de la pobrería y los de los de arriba o élites. En cierta forma la novela histórica, la costumbrista y aun la romántica revelan en buena medida realidades sobre la identidad popular; en cuanto esta es pública, tangible, sensible; en alguna medida objetiva por cuanto es factible de ser comunicada por medio del lenguaje o por otros tipos de habla. La literatura novelesca ofrece estampas de una realidad pasada recuperables para la verdad científica. Lo que sigue trata de ilustrarlo, previa advertencia de que en las referencias aparecen entreverados asuntos sociales propiamente, con económicos, políticos y culturales; separarlos etnográficamente les quita precisión e intención comunicativa literaria. Al igual que, paralelamente a lo que se presenta como identidad y costumbre popular, se hace mención a lo que no lo es con el objeto de subrayar diferencias y contrastes.

Escenarios

Los espacios de los seres y haceres se extienden a buena parte del país, regiones, localidades pueblerinas, la ciudad de México y sus barriadas, plazas, mercados, calles, pulquerías, iglesias y viviendas constituyen entre otros los escenarios en los que grupos y actores se desplazan laborando, peregrinando; festejando, comprando y vendiendo; amando y odiando; guerreando, asaltando, huyendo, migrando o simplemente viajando.

María Matiana, la bruja mayor y María Jipila, la bruja menor, que atendieran aquel difícil parto en el rancho de Santa María de La Ladrillera recorrían un espacio considerable para la recolección de yerbas: los potreros inundados de Aragón, las llanuras salitrosas de Guadalupe, las lomas de Los Remedios, la hacienda de los Morales, las huertas de Coyoacán; Cuernavaca, Ameca, Tenango y Cuautla.

El temible Evaristo el tornero, también personaje de Los bandidos,

Resuelto ya [...] a adoptar un género extraño de vida, no perdió el tiempo en su excursión, que [desde Chalco] se prolongó hasta Tulancingo y Chalma. Examinó los caminos, los ranchos, los pueblos, las haciendas, las veredas, vericuetos y cuantas cosas en un día u otro podrían serle útiles; indagó sagazmente quienes eran los personajes principales de los pueblos; en qué época acostumbraban los propietarios visitar sus fincas; si caminaban solos o con mozos de escolta; cuáles eran los mesones más solos o los más concurridos; qué comunicación tenían las montañas y los bosques unos con otros, o si sólo había veredas de ganado (1959: 267).

La ciudad capital, su mercado del Volador, los canales por los que era abastecida desde Chalco, Santa Anita, Ixtacalco, Los Reyes, Xochimilco y demás pueblos sureños de la cuenca es objeto de atención de Altamirano, quien así la pinta:

Más allá del Zócalo y de Plateros [...] la anemia, la melancolía, los murmullos prosaicos, el hormigueo de los pobres, la pestilencia de las calles desaseadas, el aspecto sucio y triste del México del siglo XVII, las atarjeas asolvadas, los charcos, los montones de basura, los gritos chillones de las vendedoras, los guiñapos, los coches de sitio con sus mulas éticas, y sobre todo esto, pasando a veces un carro de los tranvías como una sonrisa de la civilización; iluminando ese gesto de la miseria y de la suciedad (1986: 82).

Refiriéndose al canal de la Viga, al observar la venta de flores el viernes de Dolores escribe:

El lugar, consagrado por la tradición para este mercado original y tumultuoso esta situado en la parte oriental de México, en este laberinto de callejuelas tortuosas, estrechas y sucias que hacen como cortejo al curso del canal y que se ocultan detrás de la gran mesa del palacio de gobierno y de los edificios centrales adyacentes [...] Hoy es un barrio poblado todavía, muy poblado, pero infecto, malsano, acosado por la malaria y por la incuria; el avance de la ciudad hacia el occidente lo condena a la desaparición si un milagro del progreso material no lo salva, extendiéndose

hasta ese lado el beneficio de la reedificación, de las reformas y del aseo [...] Pero el viernes de Dolores una sonrisa de felicidad y de bullicio de fiesta parecían iluminar y alegrar aquel barrio sucio y triste (1986: 313).

Payno detiene positivamente la mirada en unidades más reducidas; desde los palacetes de la aristocracia, deambulatorios de nobles, destacados profesionistas, ricos herederos, servidumbres fieles y abundantes, hijos putativos, paniaguados y protegidos; hasta los rincones de regocijo popular como la afamada pulquería de los "Pelos", en la cual:

Todo el ancho de la pared, ocupado con grandes tinas llenas de pulque espumoso, pintadas de amarillo, de colorado y de verde, con grandes letreros que sabían de memoria las criadas y mozos del barrio, aunque no supieran leer: La Valiente, La Chillona, La Bailadora, La Petenera, cada cuba tenía su nombre propio y retumbante, que no dejaba de indicar también la calidad del pulque. Algunos barriles a los costados, una mesa pequeña de palo blanco y varias sillas de tule. El suelo estaba parejo, limpio y regado, y esparcidas hojas de rosa. El domingo era día clásico. El lunes más, se podía decir de gala. Tal era la antigua y afamada pulquería de los "Pelos" (1959: 91).

El escenario central de *La parcela* es de otro carácter; es rural, es nítido, es lo natural de la naturaleza; no es el gusto por el artificio, es otro nivel de lo popular; es la presencia de otros referentes:

Aún era de noche en la extensión del cielo, brillaban todavía las estrellas en el firmamento y estaban desiertos y silenciosos los campos. Salía de todas partes ese vago rumor que brota de la naturaleza en las horas nocturnas, cuando el susurro del viento entre las hojas, el canto del grillo escondido debajo de las piedras y la ronca voz de la cigarra en lo más espeso de los matorrales, forman un interminable ichiis! semejante al de las madres que velan el sueño de sus hijos. Escuchábase a lo lejos el acento del caudaloso Covianes, que bajando de la cañada bermejo de color y cargado de tierra vegetal, forma al pie del cerro una especie de torrente, rompiendo sus ondas espumosas en los pulidos y grandes cantos que le salen al paso. No era visible a aquellas horas en el seno de la oscuridad; pero su fragor, debilitado por la distancia, percibíase aunque confuso, a modo del zumbar indistinto de un enjambre de abejas. El valle cubierto de cañaverales parecía caos de cosas informes, y las elevadas montañas que le cercaban, gigantes misteriosos salidos del abismo para explorar el espacio (1982: 11-12).

Parece obligado, luego de ilustrar someramente los campos teatrales y narrativos de nuestros autores, dar alguna idea de

Los mundillos monetarios

que recorren, al igual que los espacios físicos de interacción, desde lo bajo a lo medio y a lo alto de los lugares de la producción, del toma y daca, del gestar, del aprovechar y atesorar. Frente a los lujos, capitales y bienes múltiples de los pudientes, el campesinado medio tenía acceso a comodidades; así doña Pascuala y don Espiridión, propietarios del famoso rancho de Santa María de la Ladrillera,

Los domingos solían tener sus visitas [...] En esos casos doña Pascuala abría una enorme caja de madera blanca, con tres cerrojos, que tenía al pie de su cama y sacaba unos platos de China, unos vasos dorados de Sajonia, cuatro o cinco cubiertos de plata y los manteles con ronda y bordados de su mano [...] Un peón se enviaba con anticipación en un burro al pueblo, y volvía con las árganas cargadas con pan, bizcochos, fruta, carne, chicharrón, chorizo, longaniza y recaudo (1959: 4).

Tales posibilidades de rebasar la mera subsistencia no se daban sin largas y extenuantes jornadas de trabajo, sin aprovechar al máximo un medio; como Payno lo describe de los indios macehuales asentados en La Villa, en Las Salinas o San Miguelito, quienes pescaban ranas con redes u otates con punta de fierro, igualmente juiles; los que recolectaban tequesquite y mosquitos, cortaban quelites y verdolagas, recaudaban semillas de nabo, y en tiempos de lluvia lo hacían con la sal en la laguna. El producto de tales trabajos les permitía el trueque en la ciudad por sobras de comida, pedazos de pan y venas de chile: "Ya esto es una industria que les proporciona comprar algunas varas de manta, cera para la virgen y, si algo más les sobra, lo emplean en cohetes, a los que son muy afectos y que queman en la primera solemnidad que se presenta" (1959: 12).

No todo el gasto, sin embargo, tenía carácter de suntuario. Cecilia, la frutera proveedora de aristócratas, profesionistas y burócratas, había capitalizado en varias propiedades inmuebles, vestuario, bienestar y alhajas y se daba sus muy personales gustos, luego de ser heredera de una rica trajinera viuda quien tenía una armada completa de canoas y chalupas de toda especie y tamaño. Afirma lo anterior lo dicho por la bruja menor, María Jipila, al depositar su capital con la propietaria del rancho de Santa María de la Ladrillera: "Tantos años de trabajo, madrecita ¿Qué quieres que haga una pobre como yo con el dinero,

más que comprar unas velas y unos cohetes para la virgen el día doce?" (1959: 220).

Payno comenta luego en palabras de doña Pascuala: "¿Quién nos había de decir que esas indias, cuyo capital consiste en yerbas, pedacitos de raíces, lagartijas, gusanos y culebras tuvieran más dinero que nosotros?" (1959: 220).

El contrabando y el bandidaje llevarían considerables capitales a parte del populacho. El comercio y las comunicaciones a todo nivel lo harían de igual manera:

Los que traían ganado vacuno de Morelia, los conductores de piaras de cerdos, las carretas que transportaban maíz o trigo de aquel valle [Toluca], los arrieros que cruzaban con sus recuas, los indios vendedores de mantequillas, de loza, de huevos, de morcillas o de *ponteduros*, los representantes, en fin, de la pobre industria toluqueña venían como les era posible: A caballo y con arnés unos, o en asno pacífico (Altamirano, 1936: 334).

Respecto a uno de sus personajes principales en La parcela, López Portillo y Rojas describe a don Pedro Ruíz, empresario de sangre indígena:

Fue prodigioso lo que hizo en la gestión del escaso caudal de su esposa. A fuerza de energía, talento y honradez, fuele [le fue] aumentando gradualmente, hasta que acabó por formar un vasto capital, y llegó a ser uno de los más ricos propietarios de la comarca. Comenzó por adquirir un terrenito en vecina hondonada; sembrole de cañas y plantó cerca modesto trapiche. Fue bien el negocio, y siguió comprando lotes en rededor del rancho, hasta que acabó por formar una hacienda [...] (1982: 17-18).

Gonzalo, hijo único del viudo don Pedro Ruíz, pudo gozar bien de los ingresos de su padre; este

[...] le dedicó a la agricultura, como era lógico, para que en todo fuese su heredero. Esto no impidió que le mandase a la capital durante cuatro años, con el fin de que se instruyese en cosas útiles para su negocio. Y como Gonzalo era de inteligencia fácil y buena memoria, y como tomó los estudios por lo serio, supo aprovechar el tiempo, y al cumplir los diez y ocho años, volvió a la hacienda sabiendo francés, inglés, teneduría de libros, historia y un poco de física y química, con lo que tenía bastante para ser, como decía su padre, un ranchero ilustrado (1982: 28).

Diferencias de fortuna, en todos sentidos, entre los componentes de un pueblo del cual también surgió Altamirano, al recordar su deseado y esperado primer viaje a México con un amigo, refiere:

Pobres, infelices, desamparados, habíamos hecho increíbles economías, condenándonos a espeluznantes privaciones a fin de realizar ese viaje soñado, y fue inmenso nuestro júbilo cuando pudimos cerciorarnos de que habíamos ya reunido cuarenta pesos en nuestra alcancía. iCuarenta pesos! Con eso había para pasear, nada más para pasear, sin ir al teatro, sin comer en las fondas caras, sin andar en coche, sin comprar nada, sin permitirnos el más insignificante desorden. Doce pesos de ida y vuelta con la comida en Cuajimalpa y lo demás para hotel y para comer en una fonda del tres al cuarto (1986: 336).

En fin, diferencias entre un pueblo, unos individuos y oportunidades —fortunas, destinos y suertes, para seguir en un tono novelesco que demandan penetrar en diversos

MUNDOS SOCIALES

que han de comenzar con algunas de sus clasificaciones. Como afirmamos al principio, en ocasiones lo popular se diluye en la narrativa y en los personajes y grupos que en ella intervienen; esto es, cuesta trabajo separar las relaciones de clientela entre Cecilia la frutera —en el caso de Los bandidos— con "el muy rico, noble y poderoso señor don Diego Melchor y Baltazar de todos los Santos, Caballero Gran Cruz de la Orden de Calatraba, Marqués de Las Planas y Conde del Sauz", vía su servidumbre; con el muy ilustre abogado don Pedro Martín de Olañeta, o entre las diversas servidumbres de los poderosos con la también ilustre frutera y de todos ellos entre sí. Pero no hay nada mejor que citar lo que los autores expresan sobre tal clasificación. Así lo dice Payno:

En las clases y educación de las gentes de México (como en las de España) hay todavía más diferencias y matices que la que los químicos han establecido en los colores. Casilda era la hija del pueblo; bulliciosa, alegre, de un cierto talento natural, vehemente en sus pasiones, sabiendo apenas leer y sin más nociones ni ideas que las de las cosas y objetos que pasaban por su vida diaria; hábil sin que nadie la hubiese enseñado [...] No se había casado por [...] flojera [...] porque era necesario que se leyeran las amonestaciones en la parroquia, pagar los derechos al

cura y [...] al fín era lo mismo: vivían juntos. Evaristo la quería, eran marido y mujer, menos la bendición del cura.

Tules era otra cosa. Era una mártir. Sabía leer y escribir regularmente, dobladillar muy fino, bordar hasta realzado con hilo de oro; la doctrina y las cosas de la religión le eran familiares [...] Y nada se diga de la Virgen en la que confiaba ciegamente (1959: 78).

Entre la clase alta, doña Dominga de Arratia constituye un buen ejemplo de sus bases; era toda una política de la religión;

Era una señora principal, rica y aristócrata. Tenía en el valle de Temascaltepec varias haciendas y en el pueblo figuraba en primer término. En los pueblos y ciudades de segundo orden de México, los dueños de haciendas son los potentados, los señores, y forman el núcleo de la aristrocracia provinciana. El cura, los alcaldes, los ayuntamientos, todo el mundo les hace *randi bus*, como dicen los rancheros (1959: 173).

En voz de Lamparilla, "[...] un licenciado vivaracho, acabado de recibir, que andaba a la caza de negocios y pleitos [...]" Cobra realidad cierta estructura social y su percepción:

iLa sociedad!, ila sociedad! ¿Qué es la sociedad? ¿Las gentes con las que tenemos negocios, el Gobierno o la ciudad entera? Todo junto es la sociedad, efectivamente, y esta nos impone deberes a los que por fuerza tenemos que sujetarnos.

La sociedad dice que el chile, las tortillas, los chiles rellenos, las quesadillas son una comida ordinaria, y nos obliga a comer un pedazo de toro duro, porque tiene un nombre inglés.

La sociedad califica de ordinaria también a la que no se pone medias, ni viste traje con corpiño hasta el cogote, cuando mejor es un pecho opulento que se trasluce por entre la camisa de lino, y unas piernas desnudas, de piel más fina que la mejor media francesa.

La sociedad quiere que los casamientos sean iguales. ¿Iguales en qué? ¿Cómo nací yo; cómo me educaron; en qué cuna de oro y de marfil pasé los primeros días de mi vida? ¿Dónde está mi tío el conde o mi primo el marqués? Nada: pobreza y miseria; y sin embargo yo no soy igual a Cecilia [la frutera], no me puedo casar con ella, porque al día siguiente mis condiscípulos del Colegio, que ya son jueces, que ya tienen su bufete acreditado, viven en casa sola y mantienen su coche, se burlarían de mí [...] (1959: 240).

La clasificación social que ahora hacemos académicamente resulta artificial, pueril e insignificante en contraste con los contenidos simbólicos que expresa Altamirano en su narración de "Las tres caídas de Tacuba", al acudir en tren a tal celebración: patrones (Altamirano entre otros posibles), cochero, gatas, "trigueña bigotona", un yankee y su azorada familia, "Magdalenas de último orden [prostitutas pobres], descocadas, parlanchinas, vestidas a la negligé, como para llenarse de polvo y comer enchiladas [...]", pichonas peladas, léperos, Maximianita, Pablito, Cholita [...] (1986: 351).

En suma, toda una clasificación por haber sido vivida.

También respecto al encasillamiento que, fuera y anticipadamente a su texto novelado, hizo don José López Portillo y Rojas:

Nuestras clases rurales son el nervio de México, el producto más directo y genuino de los factores que van unificando a nuestro pueblo. En cuanto a lo físico, representan la fusión de diversas razas indígenas y europeas; pero carecen de semejanza moral determinada con unas u otras, y nuestra vida, tendencias y costumbres originales. Rota la tradición colonial, no procuran ellas ni aún piensan usos extranjeros, que ignoran; a la vez que, divorciadas del tipo aborigen, nada tienen de común con su inercia [i!], con su obstinación, ni con sus rencores reivindicativos que lo informan (1982: 1).

Luego de pregonar la necesidad de una nación y una nacionalidad; cuyos principios están en ciernes, tanto en sus recursos naturales, como en los que los denoten asevera que "Lo mismo puede decirse de nuestra dramática población, compuesta de indígenas melancólicos, soberbios europeos y mestizos astutos" (ibid., p. 7).

Pero una fría clasificación social, en términos estrictos, no nos ofrece un panorama lo suficientemente amplio y rico de la sociedad mexicana vista por estos personajes escritores entre 1880 y 1900. Hace falta hacer mención —insistiendo en los niveles populares y sus vías de identidad— de grupos, profesiones, oficios; personajes e individualidades, de actores sociales, de distinciones étnicas; relaciones e interacciones, redes sociales, normas, comportamientos y desviaciones conductuales, instituciones y moralidad; finalmente en los afectos o las oposiciones a los cambios en la tradición, las costumbres y demás anclas en el pasado o destrabamientos para el presente. Les daremos paso con algunos distingos.

Los grupos emergen, principalmente desde su condición laboral, desde las empleadas a los empleadores, quienes tratan en un caso entre muchos de

[...] ganar a costa del trabajo y de la sangre de las pobres mujeres que cosen ropa de munición, pagándoles a real cada camisa y a tres cuartillas cada pantalón,

poniendo las agujas y el hilo [...] [lo cual fomentan] miserables usureras que hacen una fortuna en momentos, robando a la vez al Gobierno y a las infelices [...] (Payno, 1959: 592).

En el terceto de narrativas y descripciones sociales se pormenorizan lo que individuos y grupos; como los profesionales, burócratas, truhanes y demás perturbaban o tranquilizaban al pueblo. Sería largo dar cuenta de todos ellos. Sólo Payno nos ofrece una red social que va uniendo a sus actores, sus espacios, sus situaciones y sus enlaces y desenlaces para cerrar un círculo que comienza en un rancho de Cuauhtitlán y cierra en varios en las faldas del Popocatépetl, pasando por la hacienda del Sauz en Durango.

Pero en términos de personajes, los animales; la "Comodina", humildísima perra salvadora de Juan Robreño, hijo, como los aristócratas caballos "Monarca", del marqués del Apartado y el "Emperador", del conde del Sauz lo son tanto como la centena que entre las tres novelas tenemos. Esto es, gusto y nacencia popular, exigencia pública de una presencia en escena.

La distinción de clase y de identidad va, sin embargo, más allá. Implica, sobre todo, al mundo indígena que en parte es útil e indefenso; aberrantemente atacado, utilizado, acusado y nombrado, en abstracto base de la nación. Ninguno de nuestros autores presenta una imagen o una concepción objetiva de la indiada mexicana. Ello dice algo de ese decimonónico siglo mexicano en busca de "progreso".

En principio los indígenas eran, como apunta Payno, nadie o generalidad: "Todos los varones del pueblecillo, como la mayor parte de los indios, tenían el nombre de José y las mujeres de María, con alguna añadidura".

Además: "Los indígenas de la clase pobre de México cuentan su edad por sucesos notables y dicen por ejemplo: el día del temblor de San Juan de Dios cumplí diez años. El día que el señor arzobispo salió con el *Corpus*, tenía quince años, y así los demás datos" (1959: 14).

Más dramático que el no tener nombre es quizá el no tener lugar de referencia o propiedad:

Hay una masa considerable, que pasa de miles de indios, que no tiene ni tierras, ni casas, ni residencia fija. Caminan como peregrinos grandes distancias en busca de trabajo, sin más equipaje que un sombrero de petate, un calzón corto de lienzo ordinario de algodón y un capote erizado, hecho con hojas de palmas y que les dá

el aspecto singular que tendrían los primeros habitantes de la tierra (Payno, 1959: 255).

Nuestros autores no encuentran razón alguna para una relatividad cultural; Payno escribe: "Estas gentes del campo y de la montaña parece que reciben las noticias de los pájaros. Y algo hay de eso, por el graznido de los aguiluchos y de los cuervos, de los ganados espantados y de los perros que ladran de noche; pero el caso es que ellos lo saben todo" (1959: 68).

Una especie de admiración, de idealización romántica de fusión (o confusión) de hombre y naturaleza, que ignora posiciones estructurales sociales y sus condiciones históricas, aunque no culturales; nos describe Payno, respecto a los indígenas:

El indio y la montaña se conocen, son amigos viejos. La montaña mantiene al indio, le da sombra, abrigo y seguridad. El indio ama a la montaña, entra sin miedo en sus profundas soledades, y jamás se extravía. Como si tuviese un imán oculto en su pecho, encuentra su rumbo con seguridad, y si la noche le sorprende, ni se asusta ni se altera. Las fieras, como si creyeran que es como ellas, el habitante natural del bosque, nada le hacen, fraternizan con él y van pacíficamente a sentarse junto a la hoguera y a cuidar el sueño tranquilo del indio. En la mañana fácilmente encuentran un manantial de agua cristalina y frutillas de los madroños, encinas y yerbas tiernas y alimenticias que ellos conocen, y en las cenizas de la hoguera de la noche anterior calientan sus tortillas o un pedazo de cecina, que algún caritativo tendero del pueblo les dio en pago de algún servicio (1959: 256).

De aquí el "problema" del mestizaje que aún considera el mundo del siglo XX que finaliza: "Evaristo, mixtura malsana del indio humilde y sagaz y del español altivo y ambicioso, había sacado únicamente las malas cualidades de las dos razas" (1959: 257).

Otra mirada en términos de distinciones étnicas se la debemos a Ignacio Manuel Altamirano; la mirada de un indio a los mestizos:

Las damas de la raza mestiza se ponen las ropas que no salen a lucir sino ese día, el Corpus, el 8 de septiembre o el día de San Martín, patrón del pueblo.

En cuanto a las muchachas mestizas pobres y las inditas, no tienen espejo, se componen mirándose en el remanso de los riachuelos, en el cristal de las fuentes o en el agua limpia de grandes tinajas. Pero no por eso quedan menos graciosas, con su peinado aldeano que divide en dos crenchas sus cabellos oscuros que ellas atan o trenzan con exquisita coquetería, adornándolas con cintas de colores o con flores del campo.

Las señoras de los particulares [estos particulares son los comerciantes] se arreglan sus vestidos nuevos traídos de México por sus maridos y que están de moda. La esposa del juez de letras es la *liona* del lugar, como arribeña que es, y descuella entre todas por su peinado, por la tela de sus vestidos, por sus guantes y por su sombrilla (1986: 48-49).

Las relaciones, la interacción y las redes sociales son apreciables como asuntos sobresalientes en nuestros tres autores, sobre todo en Payno. Baste recordar en *Los bandidos* esa gran telaraña que comienza en el rancho de Santa María de la Ladrillera con doña Pascuala, don Espiridión, Moctezuma III, el licenciado Lamparilla y el doctor Codorniu; las marías brujas, y concluye con el conde del Sauz, su hija, los Robreño y el doctor Romualdo, en la hacienda del Sauz.

Evaristo el tornero constituye uno de los egos notables en tales redes. En relaciones e interacciones, desde los espacios mínimos de convivencia pública y privada. Cliente de la pulquería de los "Pelos" y ante su fanfarronería es advertido por el patrón, centro a su vez de otra red:

- [...] "tendrá que habérselas con algunos muy listos. No dejarán de venir hoy el tuerto Cirilo, Vicente *La Chinche* y mi tocayo Chucho *El Garrote*, llegaron de tierra adentro la semana pasada, y vienen muy habilitados.
 - ¿Y cómo?
- Allá lo saben ellos. Ya me conoce don Evaristo; no me gusta saber vidas ajenas. El día que me metiera a chismoso no duraba dos días en este sitio, y de veras acababa la pulquería de los "Pelos" (1959: 91).

Para Payno y para Altamirano las fiestas, las celebraciones públicas resultan exponentes de las relaciones e interacción social que, sin borrar diferencias, hacen confluir en un mismo espacio y momento a muy distintos estratos sociales; Altamirano lo narra así cuando se realizaba el paseo de las flores:

Era curioso este desfile continuo, este ir y venir de la multitud de aspecto abigarrado, en la que se codeaba la linda mujer de raza española con la desgranada y haraposa lépera, la altiva matrona aristócrata con la Celestina de barrio, el elegantuelo de Plateros con el leperillo medio desnudo, y todos ellos agolpándose al borde del canal para regatear con las indias que alargaban sus ramilletes [...] (1986: 315).

A las diferencias en haberes y teneres corresponden divergencias y, en ciertos casos, coincidencias en cuanto a las instituciones, la moral, las normas, los valores, los comportamientos y sus desviaciones. Siguiendo tal orden y el del que considero significativo en lo escrito por nuestros novelistas comienzo con Payno. Esto no es una mera disposición organizativa del trabajo; trata de recobrar desde la institucionalidad y la tradición a los cambios. En términos de instituciones; aparte de las más básicas y las más incluyentes, desde la familia y la comunidad al Estado y la Iglesia, Payno y Altamirano se preocupan por la prensa; Payno escribe:

No es nuestra idea ocuparnos a cada momento de política y de periodistas, pero no podemos dispensarnos de aprovechar la ocasión para hacer un justo elogio de los adelantos de la prensa y poner de manifiesto el juicio, el tacto, sea dicho de una vez, la filosofía con que trataban las más espinosas cuestiones los mismos escritores que al principio de esta historia publicaron tan voluminosos artículos relativos al caso raro del rancho de Santa María de la Ladrillera, y llamaron justamente la atención del gobierno y de los doctores de la universidad sobre el fenómeno digno de estudiarse que presentaba el vientre de doña Pascuala [nada menos que trece meses de embarazo] (1959: 425).

Las minucias, los minuciosos y los seres pequeños atentan igualmente contra el tiempo y lo establecido. En labios del presidente de la República, Payno los denuncia: "Estos licenciados, vestidos de negro, chiquitos, habladores e inquietos, traen a la nación revuelta y no dejan establecerse sólidamente ningún gobierno. El día que desaparezcan de la escena, tendrá paz y orden la nación" (1959: 609).

En términos de moralidad y de valores Payno nos ofrece algo más; los tratos, los rencores, los resentimientos y los morbos sociales: "Quince minutos después [tras una ejecución por garrote] los criminales habían dejado de existir y permanecían [en la plaza de Mixcalco] hasta la noche sentados en sus banquillos con el pescuezo tronchado por la mascada, las cabezas reclinadas y las lenguas negras de fuera" (1959: 74).

En esa dirección expone convenciones en las relaciones intersexuales y de género:

Son las dos maneras de tratar a las mujeres que, aunque con distintas formas, usan también las ricas y las bien educadas y las nobles: quererla y aburrirla. Cuando uno de nuestros leperitos dice a quererla, es completo. En la calle van abrazados, en la

casa no se separan, y rebozos, zapatos, pulque, almuerzos, pellizcos de cariño, el jarabe, el aforrado y el malcriado en las canoas de Santa Anita y a gastar con ella hasta el último medio del jornal. Cuando se trata de aburrirlas es otra cosa: pleito por la comida; pleito por un cabo de vela; por la camisa que no está bien planchada; y una cachetada un día y una patada en la cintura el otro, y además mantenidos, porque el jornal lo gastan en la calle y exigen los alimentos como si diesen dinero para comprarlos (1959: 73).

CORRUPTELAS Y PASIONES

La moralidad en los servidores públicos y las altas autoridades políticas la exhibe el Lic. Crisanto Bedolla, encargado de un juzgado general, quien confiesa al prestigioso abogado Pedro Martín de Olañeta, según la narración de Payno:

Soy un abogado novel y de ninguna manera criminalista, pues no he tenido tiempo de dedicarme a esos estudios, y si acepté este puesto fue por varias instancias del Presidente de la República y del señor Ministro de Justicia, a quien no podía desairar. Me comprometieron y no hubo más remedio; habría sido una ofensa a todo el Gobierno y a la misma Corte de Justicia [...] (1959: 176).

Una semblanza más de "los licenciados" la da López Portillo y Rojas en La parcela, en un diálogo entre don Pedro Ruíz y don Miguel Díaz en su contienda; precisamente por una parcela:

- No valen nada sus papeles. El licenciado los vio y dice que no valen nada.
 - ¿Qué licenciado?
 - El licenciado Jaramillo.
- No le haga caso compadre. Es un busca-pleitos que revuelve el agua de propósito para ver que pesca (1982: 23).

Por ello, escribe también López Portillo y Rojas:

Es rutina entre gente rústica, querer que los hijos sigan carreras literarias. Sin duda, acaso, porque el hombre de campo, aun siendo rico, suele padecer numerosos engaños y bochornos durante la vida, nacidos de su falta de trato e ilustración; siente anhelo vivísimo de que sus descendientes salgan de la penumbra intelectual y social en que él se ha agitado, y florezcan en esfera más brillante y prestigiosa, esperando de ellos ayuda, consejo y fortaleza (1982: 27).

Del machismo, calificable de desviación conductual, que permea todas las clases sociales, pero que es especialmente sensible entre las populares, el mismo autor lo describe en la persona del caporal de don Pedro Ruíz, propietario de la hacienda del Palmar:

Llegaba a los puestos o tiendas, a comprar aguardiente o cigarros; metíase entre los grupos, invitaba a beber a los amigos o aceptaba sus invitaciones; y por cualquier fruslería, por una nonada, armaba la de Dios es Cristo, se arriscaba el sombrero, que le quedaba en la nuca, sostenido por el barboquejo, y gritaba que era muy hombre y que a hombre naiden le ganaba, y que rifaba con cualquiera, y que el que quisiera que se zafara. Y en hallándose en el grupo algún otro de alma atravesada, se trababa una riña descomunal de gritos, insolencias, caballazos y machetazos, que introducía el pánico en la reunión, y hacía arremolinarse y huir a la concurrencia [...] (1982: 73).

Muy similar a ésta es la narración de Payno del pleito tenido por Evaristo en la pulquería de los "Pelos", que tanto significaría en su vida, por sus consecuencias, en un "San Lunes":

En esta vez Chucho, que menos bebido observaba a su mujer, no aguantó más; con una mano cogió de las trenzas a Pancha y la apartó lejos, y con otra dio un revés a Evaristo, no muy fuerte porque lo habría matado como al cargador su compañero.

- Si es hombre - le dijo - véngase conmigo.

Evaristo, aturdido, de pronto se quedó sin saber qué hacer.

- Véngase -le repitió.

Evaristo buscó en la cintura su puñal, que nunca abandonaba en el día sagrado de San Lunes. Ya tenía experiencia, y se le fue encima a Chucho. Los curiosos se apartaron de un lado y otro.

— Cobarde, montonero ino ve que no tengo arma? Pero no le hace.

Evaristo, frenético, seguía a Chucho tirándole puñaladas, que el otro se quitaba diestramente con el sombrero, que jugaba admirablemente como si fuese un escudo.

Así salieron de la pulquería a la plazoleta polvosa y a la calle cercana mal empedrada.

- [...] sin saber él mismo cómo, Evaristo había sido desarmado y estaba tendido en un charco de lodo, y Chucho encima de él.
- No lo mates —le dijo Pancha— no seas bruto; al fin pagó y nada ha de haber entre nosotros (1959: 94).

Altamirano se ocupa sólo lo necesario de los comportamientos desviantes; en cambio, es el que más insiste en describir las tradiciones y los cambios en la sociedad decimonónica mexicana. Las fiestas, las comidas, los contrastes sociales y culturales de quienes celebraban a los

santos constituyen su principal interés. Probablemente es, entre nuestra tríada, el que mayor énfasis hace en el universo de lo simbólico y significativo al ocuparse de la vida excepcional de las festividades, las ceremonias, el ritual, las conmemoraciones y las devociones, frente a lo que tanto él, como Payno y López Portillo cuestionan —aun entre líneas— como una necesidad de derogarlas en favor del progreso.

Escribe al referirse a la celebración de la Nochebuena:

[...] entre las costumbres de nuestros padres las hay que han sido una consecuencia de la adopción del cristianismo; otras que crearon aquí los conquistadores y los frailes de España; y, por último, las hay también que son peculiares de nuestra sociedad y que han sido el resultado de su manera especial de vivir, o de la imitación de las costumbres francesas, manía reciente y que por fortuna no alcanza aún a las clases populares.

En todos los pueblos hay que distinguir dos clases de costumbres, las características y locales y las importadas y exóticas. Aquellas, como arraigadas en el carácter propio de un pueblo, alcanzan mayor grado de permanencia y resisten con pertinencia a las viscisitudes del tiempo y las transformaciones sociales. Pero estas, nacidas a impulso de la moda, hijas de la imitación y del capricho, desaparecen cuando esas fuerzas artificiales que les han dado vida se convierten hacia otros objetos y sirven a nuevos intereses (1986: 243).

Con cierta obstinación Altamirano se refiere a los cambios y sus condiciones; siendo él mismo un sujeto de tales fenómenos y conoceres internacionales, con una actitud crítica dice:

¿Quién conoce aquí las emociones del Sport hípico, los triunfos del Sport naútico; las grandes cacerías en los bosques, las catástrofes en la banca y las espléndidas aventuras de la vida europea? Eso es lo que se llama high-life en el argot de las revistas parisienses. Aquí aunque quieran algunos jóvenes mal inspirados improvisar un high-life no lo conseguirán, porque no hay elementos y esas denominaciones no pudiendo ser enteramente convencionales, degeneran en ridículas (1959: 86).

Pero los cambios en las tradiciones populares a los que Altamirano se refiere surgieron de medidas políticas generales, externas y ajenas propiamente a las clases populares y demás, como la oficialización de cultos: "La Virgen de los Ángeles es rigurosamente la madona de los pobres de México, y en esta calidad, su culto es menos universal que el de la otra [Guadalupe], que puede llamarse nacional" (1982: 67-68). Los nombres de esas calles humildes, las construcciones enteramente nuevas, la bandera nacional que flota arriba de la iglesia, todo da a estos lugares un aspecto liberal y patriótico. No será con el beneplácito de los clérigos, pero lo cierto es: que aquí la Iglesia y el Estado viven furtivamente, quizás, en amable consorcio. Y es que aquí el pueblo lo hace todo; la fiesta es más bien secular que eclesiástica; lo temporal domina lo eterno; los frailes no han metido mucho la mano en la fundación de la iglesia de los Ángeles, ni la virgen es aparecida, ni hay trampanjos en la historia de la santa imagen, ni nada de eso que constituye la abundante mina que explotan los santos hombres en otras partes de México (1982: 68-69).

Más sobre los cambios en lo más perenne de las costumbres populares y su perturbación:

Mientras se celebra la fiesta de la santa virgen, en la ciudad, se levantan los altares a la Virgen de los Dolores. Antes era en todas las casas, lo mismo en las torres de reyes que en la choza de los pobres. Los tiempos han cambiado, y hoy apenas en las casas de vecindad se levanta el pequeño altar con su calvario entre ramas de pino, y sobre gradas cubiertas de amapolas, y de jarros de chía. ¿Impiedad? No, seguramente; la fe queda, pero las costumbres se van; esto se va, como dijo el otro (1982: 319).

¿Es sincero Altamirano al referir novelada y etnográficamente los cambios y sus reservas hacia ellos o los aplaude? ¿Se trata de una defensa especial y sentida de lo popular?

Si ha venido usted a oir el sermón, entre a la iglesia; ahí lo están predicando ya; pero si ha venido a ver la procesión, sepa usted que no hay procesión.

- ¿No hay procesión?
- No señor —me contestó con aspecto consternado— no hay procesión; que quiere usted; las leyes de Reforma [...] ahora han prohibido todo.
- iAh!, lo han prohibido —me dije internamente—; ibueno! ise cumple con la ley! iya era tiempo! (1982: 330).

Contradictoriamente, Altamirano considera las fiestas paganas del carnaval; que nada tienen de sacro, que sí de costumbre profana:

En nuestras costas hay diversas costumbres locales; pero todas conservan en el fondo la locura oficial, la libertad autorizada para la fiesta. En tal parte se arrojan ramilletes de flores, aguas de olor, cascarones con papel recortado o agua, o puñados de harina; en tal otra se arrojan lodo y piedras, en algunos se arrojan al mar. Un día los hombres persiguen a las mujeres para llenarlas de agasajos, otro las mujeres corren en bandadas las calles buscando a los hombres para embadurnarlos de harina o bañarlos en aguas aromáticas; en todas el vino y el regocijo

forzado, inoportuno, imprudente, interrumpen el trabajo y forman la condición indispensable de la fiesta (1982: 351).

En las costas, el carnaval arroja la máscara y no acepta más que la locura. No sigue las tradiciones de la saturnal y se convierte en bacanal (1982: 350).

Pero el carnaval es un fósil. Nada alcanzará a devolverle la vida. Y es: que esta costumbre era exótica en México, nada tiene que ver con las costumbres peculiares de la nación, ni con la índole de nuestro pueblo. Vino con otras ideas y se va proscrita por otras novedades y por otras pasiones públicas (1982: 356).

TIPICIDADES

El medio público al que nos remiten nuestros autores está lleno de tipicidades —de características, por así decirlo— en lo social y lo político. Antes de entrar en pleno a un rosario de expresiones culturales, damos cuenta de algunas muestras patentes de tales características. Los lugares públicos destacan; sea para el festejo y el esparcimiento, para la devoción y el culto, para la compra y la vendimia; para el alegato, la impartición de la justicia y la penalización. Entre los más humildes y más frecuentados se encuentran las pulquerías:

Tal era la antigua y afamada pulquería de los "Pelos". Afamada por sus pulques, que eran los mejores y más exquisitos de los Llanos de Apam; afamada por la mucha concurrencia diaria, mayor el domingo y en toda su plenitud el lunes; y afamada, en fin, por los muchos pleitos, heridas, asesinados y tumultos (1959: 91).

Siguiendo a Payno, se encuentra uno que otro —o muchos—motivos para detectar causas del conflicto y del desfogue. Tales eran las levas y los abusos del ejército:

Valen más estos tres que los doscientos que están en el corral; ya dentro de cinco minutos no hablarán tan gordo. Les voy a mandar cortar el pelo a peine conforme a ordenanza, a ponerles una gorra de cuartel y a pasarlos por cajas.

[...] los raparon, les pusieron su gorra de cuartel, y amarrados codo con codo, fueron conducidos al corral a formar parte de la cuerda (1959: 377).

Funcionarios públicos y políticos constituyen otras tipicidades que parecen permanecer en el México de hoy; entre otras patentes se encuentran también las ideas sobre el programa: "Lo que los políticos, con gran entusiasmo y agarrándose de él para medrar, llaman progreso, es una cosa que efectivamente existe y que empuja unas veces a la

gloria y otras al precipicio; pero no importa, empuja siempre, y no hay medio de evitarlo" (1959: 214).

La violencia, la inseguridad social, una especie de anomia social y política se acusa igualmente y vuelve a remitirnos al presente:

Los más perversos y atrevidos valentones de Tepetlaoxtoc se habían desperdigado por el Bajío, formando cuadrillas de cuatro, seis y ocho hombres que, ya caían a una hacienda, ya a otra. Las poblaciones de Celaya, Salamanca, Irapuato, estaban aterrorizadas, pues la audacia de los bandidos llegó a penetrar a la Cañada de Marfil, lo que obligó al gobernador a salir en persona con su secretario y la fuerza de que pudo disponer para perseguirlos y exterminarlos; pero en la noche volvió triunfante sin haberles podido dar alcance (1959).

López Portillo y Rojas complementa la imagen de las autoridades políticas persecutoras y "exitosas" de los delincuentes a don Santiago Méndez, presidente del Ayuntamiento de Citala:

[...] le dominaba el afán de mando, y pasaba la vida en constante lucha, enredado en los chismes de la menuda política del municipio. Cada vez que se renovaba el cuerpo edilicio, entraba Méndez en inaudita agitación para ganar las elecciones, y hacer triunfar la candidatura de sus amigos. Para ello se valía de mil trampas e intrigas.

El contrincante de don Santiago, don Carlos Figueroa, era otro pájaro de cuenta, parte indispensable de un sistema en el que corruptos, criminales y advenedizos al poder no podían faltar a riesgo de "disfunciones":

[...] a la vez tinterillo, secretario del alcalde, y valía de oro más de lo que pesaba por sus artes y tretas. Tramador incansable de todo género de enredos políticos, administrativos, judiciales y privados, nunca estaba en reposo. Escribía cartas a la ciudad solicitando recomendaciones para sus asuntos; formaba clubs con los vagos del pueblo para obtener sus fines en las épocas electorales; y elevaba recursos a la legislatura local pidiendo nulidad de las elecciones, a causa de presión ejercida por el poder, falta de libertad en los comicios, doble fondo en las ánforas; violación del sufragio y menosprecio al pueblo: ni más ni menos que si hubiese sido un Emilio Castelar tronando desde la tribuna contra los desmanes de la monarquía, o escribiendo artículos exaltados en favor de la democracia (1982: 109-110).

MEDIOS CULTURALES

Hemos llegado a un punto en el que, de acuerdo con Clifford Geertz; lo social, lo político y lo económico, entre otros aspectos conductuales del control social, han de ser remitidos a sus orígenes culturales. Tal sistema expresa "[...] un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida" (Geertz, 1987).

Me parece que desde las fiestas y celebraciones, a los cultos y las devociones, las artes culinarias y los hábitos alimentarios, la medicina y la herbolaria, los dichos y los refranes, las modas y las creencias y la visión del mundo encierran —antropológica y literariamente— mucho más de lo que los mundos o campos de la concreción económica y política implican. Un medio especialmente recolector y unificador, con distingos, de las clases sociales es el de las fiestas y las celebraciones; este es el medio de lo excepcional, de lo no estrictamente cotidiano; para ello no hay mejor que acudir en primer término a Ignacio Manuel Altamirano, de quien reproducimos una retahila de alusiones. Si nuestros tres autores sostienen que el culto guadalupano está ligado a la historia de México, tal historia no se comprende sin tomar en cuenta los cultos y devociones regionales, las microhistorias de significación ranchera o indígena. De la feria del Señor de Amecameca, del Señor del Sacromonte nos refiere Altamirano:

[...] en la plaza se levantan las tiendas y puestos de los comerciantes, de los jugadores, de los fondistas y neveros, de los vendedores de reliquias y flores, y la algazara y el bullicio de la fiesta no tienen tregua ni medida. La gente se engalana, reza, compra, vende, juega, se divierte y recibe entre aquella barahunda un rayo más de progreso cada año; la industria y la agricultura ganan con ello y los pueblos mantienen así sus relaciones de familia, quebrantadas a veces por la revolución (1982: 34).

El conocimiento, más bien, los causantes indeseables del festejo se manifiestan: "Después de las fiestas, sacerdotes, juglares, toponaxtle y vestidos desaparecen, sin que nadie pueda averiguar quienes formaron la danza, pues los danzantes se pintan de negro y se cubren con una máscara antigua".

Son cuestiones de identidad, de manifestación, de exclusión y de reclamo; siendo que los indios "[...] son los iniciadores y los mantenedores de la fiesta religiosa y aún se consideran los dueños de la iglesia, de las imágenes y de los curas. Sirven y acompañan a éstos, más bien con la sumisión servil de los neófitos y de los fieles, con la vigilancia del señor, guardián del patrimonio" (1982: 42).

... también resultan los actores principales en el consumo; otros en el provecho:

En la plaza, la bacanal. Cuarenta pulquerías y cinco mil personas almorzando y bebiendo *Tlamapa*, bajo los rayos de un sol abrazador. La fruta de los puestos deliciosa. Las muchachas de los barrios limpias y risueñas; los relojes en peligro; los gendarmes a caballo hechos unos Argos [...] no ha habido muertes este año [...]

— "Ha estado triste [...] iesta vez no ha habido ni un *matado*!" (1982: 78).

Altamirano brinca a otro espectáculo, que también es suyo:

La novedad en materia de espectáculos no está en el teatro principal [...] Tampoco hay nada de nuevo en el Gran Teatro Nacional [...] La novedad [...] la única que puede llamar la atención en estos días [...] se halla iquien lo creyera! en el teatrito de América, en los altos del antiguo Seminario [...] ilos títeres! ¿lo oís? [...] Pero no los títeres que estamos acostumbrados a ver, sino una maravilla de títeres, como apenas han visto las barracas ambulantes de Italia, los teatrillos ambulantes de Inglaterra, y las tiendas de feria de Francia [...] los títeres de Aranda [...] a nosotros nos encanta este humilde teatro popular, donde ríe el niño y medita el hombre [...] (1982: 88-89).

Una simple función de títeres revela las relaciones sociales y la interacción en un México en proceso de urbanización y modernización:

La orquesta que toca en el teatro América, también es de Huamantla, y está combinada. Compónese de un clarinete, de un bajo, de un violín, de un contrabajo, de un clarinete que es el que dirige, de una corneta pistón y de una flauta.

Por supuesto que la entrada en el salón es difícil; la concurrencia se apiña, los lugares faltan y es necesario tener fortuna para ocupar un buen puesto. El público ha comprendido la superioridad del espectáculo y ha acudido en masa. El señor Aranda ha logrado, a pesar de su modestia, hacer de su pequeño teatro lo que se llama una Great Attraction (1982: 91).

Altamirano debate y nos preocupa con lo tradicional y los efectos de los cambios históricos:

El paseo de las flores, antes, no ofrecía más que un sólo aspecto y en este se distinguían plenamente la fisonomía nacional, algo de típico y pintoresco en que no se mezclaba nada de las costumbres híbridas y suntuarias que han introducido la manía de imitación y el furor de la moda en los últimos años.

Yo no digo que aquello fuera mejor, pero era lo tradicional y tenía la particularidad de confundir en una sola masa al pueblo pobre con el pueblo rico, en tanto que la costumbre actual los distingue [...] Sea como fuere, el caso es que, en el paseo antiguo todos parecían obedecer al sentimiento religioso, mientras que en el que hoy se usa, por lo menos una mitad de los paseantes parecen arrastrados por la vanidad (1982: 312, subrayado mío).

No cabe duda que Altamirano está considerando los cambios sociales y culturales experimentados por su generación, a los que se inclina positivamente.

Igualmente nos convence con una obligada persistencia o continuidad de las costumbres:

El populacho de México, tan amante de diversiones al aire libre, tan acostumbrado a las procesiones religiosas, que se muere por abandonar sus húmedas y oscuras mansiones, sus casas de vecindad infectas y por aspirar un aire mejor, por comer sobre la yerba o sobre el suelo de las plazas, por beber pulque a la sombra de los árboles o bajo los rayos del sol en este tiempo de primavera en el que la sangre bulle en las venas anémicas de los proletarios; el populacho que hace muchos años que no ve la procesión de la Santísima, el Jueves Santo, ni la del Santo Entierro y la Soledad el Viernes Santo, ni la del Santo Entierro sólo, el Sábado de Gloria; el populacho para quien todo esto era un espectáculo apetitoso; cómo correría a ver las tres caídas de Tacuba, con sus rayones, sus chirimías, su centurión con la sentencia, sus Pilatos y Caifaces narigudos sus tres Marías y su Jesús Nazareno temblando sobre las andas [...] ¡Qué cebo para esa gente que no gusta de la religión sino cuando se divierte con ella! (1982: 323).

La diversión —la festividad, la celebración y la feriación— el ritual y la dramatización; los cambios de espacio, los reencuentros sociales y las contradicciones o afinidades, entre religión y política, los motivos de numerosos conflictos se manifiestan en la narración novelística en cuanto contrastan los medios rurales y urbanos:

El carnaval de México era para los provincianos como la gran fiesta, como la gran orgía, como el delirio gigantesco, una cosa que fascinaba, que embriagaba, que mataba, que volvía frenéticos a los espectadores iQué comparsas!, iQué Paseo de Bucareli!, iQué calle de Vergara!, iQué teatros! iEra una trapisonada! iEl día del juicio! (1982: 351).

En lo religioso, no se evitaba la violencia: "[...] no había familia ni pobre ni rica que dejase de ir el día 12 a la Villa [...] uno que otro pleito entre los indígenas, bastante borrachos, y varios desgraciados que pierden o les roban su pañuelo o su reloj. La gente de razón volvía bien y contenta a su casa" (1959: 21).

Pero el placer no se relegaba a la vida festiva y excepcional, también a la vida diaria, en cuanto ello fuera posible:

La vida se presentó a Evaristo risueña como nunca, y pasó sus diecinueve años como ni príncipe ni duque las han pasado mejor. Unos días en los canales de la Viga y Santa Anita, remando ya en canoas, ya en chalupas; otros en el juego de pelota de San Camilo; los domingos en su caballo alquilado en las carreras de la Coyuga; en las tardes en las vinaterías, menudeando vasos de mistela y chinguirito con los pillastres del barrio; en la noche en el billar, jugando a los palos hasta de a un peso la tregua de cien rayas (1959: 57).

Existe un contraste en la diversión. Unas son al aire libre y a pleno sol y otras comienzan cuando el sol se oculta; se limitan a las paredes de algún habitáculo: son las tertulias. Payno nos informa de unas de ellas como fenómeno social ajeno al vulgo:

Las tertulias de Relumbrón cada vez eran más lucidas. La asistencia, sin faltar un sólo jueves del Marqués de Valle Alegre, les había impreso un carácter altamente aristocrático. Ya no concurrían allí tenientes de caballería, ni escribientes de la dirección de loterías, ni corredores de semillas, sino personas de todo peso por su dinero, por su posición social o por su talento como poetas y literatos (1959: 698).

Pero las reuniones no se efectuaban sólo a los altos niveles sociales. Las charlas eran democráticas y se distribuían por parejo entre los de abajo y los de arriba. Para aquellos y, quizá igualmente, para éstos, un motivo de diversión era la muerte: "[...] el día que había ahorcado era festividad nacional, al menos en ciertos barrios de la ciudad inmediatos al lugar donde solían hacerse las ejecuciones, y el o los sentenciados a muerte eran los tres días de capilla objeto de la más tierna solicitud de parte de algunas gentes, esto como una obra meritoria y piadosa" (1959: 738).

Lo popular se refleja también en las nomenclaturas, como "El Paseo de las Flores"; del cual, "[...] a los oídos de un mexicano es pintarle en una sola frase un encuentro de la vida mexicana y evocar para él un mundo de emociones juveniles y agradables" (Altamirano, 1982: 311).

Lo popular mexicano decimonónico también hay que remitirlo a lo religioso, y a un mundo que encuentra el laicismo de su vida social. Payno nos ofrece una imagen precisa de una generalidad social:

Ni doña Pascuala ni Espiridión eran devotos, y antes bien un tanto despreocupados o libre pensadores, como se diría ahora. Oían misa los domingos cuando podían. Si llovía o hacía frío se quedaban en el rancho, y sólo cuando había función, cohetes, arcos de tule y zempazúchitl, regados en la parroquia de Tlalnepantla, no faltaban, porque entonces, vestidos con los mejores trapitos, eran vistos y cortejados y, además, tenían que visitar al juez de letras, al alcalde, al maestro de escuela; era, en fin para ellos un día de solemnidad y de etiqueta (1959: 4).

Fiestas, ferias, tertulias, espectáculos y esparcimientos no privilegiaban precisamente lo religioso en relación a los cultos y devociones; había algo más, una situación en la que el morbo, la sensualidad, la piedad y la crueldad se fusionaban con la "caridad". "Había en la Santa Veracruz una cofradía llamada del Señor del Petate, que durante este tiempo no abandonaba al delincuente y lo conducía con toda pompa y solemnidad hasta el lugar del suplicio" (1959: 738).

El espacio físico aparecía así como un referente necesario del espacio de sentido y del simbolismo, ya que hasta los inmuebles y los muebles tomaban parte en aquella generación o regeneración de las costumbres: "Los balcones y puertas de las calles por donde debía pasar el ahorcado, se llenaban de curiosos desde muy temprano, y las calles estaban tan concurridas, que era necesario que la tropa formase valla y despejase el camino" (1959: 738).

Mas lo importante es descubrir aquella sociedad, en parte marginada, en parte contestataria del poder; en parte afín a él, pero de cualquier forma indefensa frente a una dominancia que observaba, juzgaba y dictaminaba lo positivo o lo negativo de las conductas; tal confusión y sordidez de esas confrontaciones las expresa Payno:

Los hermanos de la Cofradía del Señor del Petate se apoderaron, pues de los reos [...] y comenzaron a obsequiarlos, y como se trataba de un ahorcado gordo, es decir, de elevada categoría, las festividades fueron espléndidas. Misa cantada en la Santa Veracruz, frailes y clérigos que se ofrecían a auxiliar noche y día a los reos, y comidas abundantes y bien sazonadas. Se trataba a los criminales a cuerpo de rey hasta que se apoderaba de ellos el verdugo (1959: 738).

A reserva de que es necesario analizar otras ficciones o relaciones novelísticas de la realidad, esta descripción nos remite a los agasajos prodigados a los delincuentes y a los prisioneros de guerra en el prehispánico que narran los cronistas. Pero otros relatos devocionales, sacrificiales y rituales nos los ofrece Payno al relatar el *Entretien*, previo al matrimonio, entre el Lic. Lamparilla y Cecilia la frutera y canoera de Chalco:

Cecilia, antes de entrar al curato, quiso cumplir su promesa y subir a la pequeña y pintoresca montaña en cuya cima está la capilla del señor del sacro monte para darle las gracias de haberla salvado en el naufragio en el canal de Chalco y del puñal de Evaristo cuando acometió su casa. Llevaba sus retablos pintados y con marco dorado, y sus milagritos de plata preparados y añadió una trenza de sus cabellos (1959: 743-744).

Tras esa sublimación individual lo mejor es citar a Altamirano refiriéndose al *Ecumene*: "Concluido (el oficio), sigue la comunión general y se acercan a la mesa eucarística los niños y los jóvenes, los mestizos y los indígenas, los ricos y los pobres, en esa fraternal confusión con que la iglesia de los campos acoge a todos sus hijos" (Altamirano, 1986: 50).

O a la mundanidad, la praxis y la razón:

Cuando nosotros entramos en el vagón de regreso [...] a fuer [a falta] de compañero del primer viaje nos hayamos al Yankee y a su familia sentados. A fuer de compañero del primer viaje entablé conversación con él. La primera frase que me dirigió fue esta, muy de acuerdo con el carácter pragmático de nuestros vecinos: Religion here is a pretty good business (1986: 351-352).

La inmersión de nuestros autores en reflexiones sobre las controversias sociales "entre dos majestades"; entre lo religioso y lo mundano, lo sagrado y lo profano, es menos sobresaliente que su empeño por describir lo cotidiano, desde las formas de organizar y habitar el espacio habitacional hasta los conocimientos que contienen las maneras de dar satisfacción a las necesidades vitales de las que sólo la defensa ante lo desconocido, lo inexplicable, lo amenazado espiritualmente conduce a la invocación de la deidad y su corte de santos e imágenes.

El "a Dios rogando y con el mazo dando" se manifiesta en los conocimientos para preservar o recobrar la salud que bien revelan la complejidad cultural, la tradición y la historicidad de las que participa lo popular. Tales son los saberes en la herbolaria:

- Te daré unas hojas de *Tlapotli*, las majas con la mano y calientitas se las pones en la barriguita.
 - Te daré la raíz del Cocozcomatl ...
 - El Tlapahuitl lo machacas en el molcajete ...
 - Ven el viernes, marchantita, por el Tochucuatli.
 - Toma las flores de Blancharne. (Payno, 1959: 15-16).

Los conocimientos de las hierbas y sus propiedades no sólo se refieren a la salud, también al cuidado de la piel y a la belleza. María Jipila, la bruja menor, proporcionaba a Cecilia la frutera

[...] yerbas aromáticas y medicinales que servían para apretar la cintura, para suavizar el pelo, para dar lustre a la piel, para aromatizar el agua, para mantener la dureza de los pechos [...] Cecilia, por experiencia, sabía que eran mejores los remedios mágicos de Jipila que las drogas de las boticas y las pomadas y perfumes de la peluquería (1959: 229).

No sólo en el barrio sino más allá, por un lado hasta San Cosme y por otro hasta las calles del Relox, Jipila competía con los médicos y les quitaba las visitas cen cualquier casa amanecía un chiquillo enfermo? Inmediatamente la señora llamaba a la criada icorre y ve a la herbolaria; que me mande una raíz para darle a Emilito que está empachado! (1959: 15).

Los viernes era cuando el surtido medicinal de la herbolaria estaba más variado, pues los jueves recibía por las canoas de Chalco muchas maravillas de la tierra caliente. La concurrencia, no sólo de criadas, sino de señores de capa con cuello de nutria y de señoras de saya y mantilla [...] (1959: 15).

En el reino cocinero de San Pascual Bailón y en el de los *Totochin*, dioses del pulque; en el de los gustos culinarios y la dieta participan no sólo las clases populares. Altamirano escribe que en el día de Guadalupe se acostumbraba en general "[...] almorzar al uso del día, es decir, carne de chivo, *chito* como lo llama la gente, salsa de chile rojo con pulque, llamada vulgarmente salsa borracha, remojada todavía con abundantes libaciones de pulque" (1986: 117).

Sentados a la mesa don Pedro, Gonzalo su hijo, Estebanito, el tenedor de libros; don Simón Oceguera, el administrador y el americano Smith, maquinista de la hacienda del Palmar, narra López Portillo y Rojas:

Luego fueron apareciendo la humeante cafetera, la olla de leche espumosa, la carne asada y los frijoles apetitosos, llenando de varias y sanas fragancias el recinto (1982: 32-33).

Ya sabes [dice Evaristo a Tules], a mí me gustan las enchiladas picantes y la sangre de conejo (1959: 90).

Una de tantas variedades de pulque que bien conocía Payno, una de tantas formas de emborracharse provocadas por los "cuatrocientos conejos" vía la libación del *Centzontotochtin*. Don Manuel lo anota así: "Pulque compuesto con azúcar y tuna colorada (Higos Chumbos, como le llaman en España). Se producen las tunas en Andalucía, pero nunca tan azucaradas, grandes y de variedad de colores y aun de sabor como en México".

Parcos en estos aspectos materiales de la cultura, también lo son en los dichos, los refranes y las adjetivaciones, estimables comunicaciones de sentido que articulan las diversas instancias de lo cotidiano y corriente con las de lo insólito y extraordinario; el mundo de lo sabido con el de lo ignorado por novedoso. Así Payno:

El que al cielo le escupe a la cara le cae No hay loco que coma lumbre El refrán es un evangelio La ocasión hace al ladrón

y López Portillo y Rojas:

... el que es mandado no es culpado...
Del palo caído todos quieren hacer leña
De cristo a cristo, el más apolillado se rompe
iNo se buigan! ... io los afusilamos!
El amo es muy hombre ... es endiantrado, entabacado

Ya nos hemos referido a aspectos de cambios sociales y culturales que acusan esta tríada de textos novelísticos; resta, finalmente, dar alguna cuenta del universo que incluye, en la visión del mundo, las creencias, las supersticiones y las ilusiones: El *Ethnos* de todo ello se necesita posponer.

Ante una situación de peligro, el famoso licenciado Lamparilla revela, en la novela de Payno, el umbral entre lo que se es y lo que se aparenta ser:

Toda la religión y las creencias que enseñó su madre cuando niño al licenciado, le volvieron en aquel instante, y las escuadras y el ojo del Espíritu Santo y los mandamientos de las logias masónicas le parecieron figuras de Satanás y exclamó con verdadera fe:

- iGracias Dios mío, porque me has salvado la vida! (1959: 193).

Mas el saberse como un ser indefenso, tiene sus soluciones. Los indios de Tepetlaoxtoc, miembros de Los bandidos de Río Frío, al asaltar la diligencia que conducía a la compañía operística italiana en la que participaban la Albini y la Cesari rescataron furtivamente parte del teatral vestuario; pues

todas estas baratijas doradas tenían mucha importancia para los indios, pues les parecían como vestidos de santos y se les figuró que, teniendo estos cinturones atados a la cintura, no les sucedería ningún mal; así, más por superstición que por codicia, no pudieron prescindir de robárselos (1959).

Pero el dar, más que el sustraer; la fe, más que la incredulidad, constituyen el contenido de las mentes de las individualidades que describen nuestros tres novelistas; los haberes de las mentalidades y de las visiones que, diferencial o igualmente, comparten el resguardo y el amparo de lo sagrado frente a la justificación o la acusación de lo profano.

La identidad popular y la que no lo es se diferencian, se oponen y se contradicen; lo que se estima institucionalmente se enfrenta a lo que se detesta por pasajero, por su carácter impopular. No obstante, la interacción entre individualidades y grupos favorece la retroalimentación cultural, la adopción y refuncionalización de prácticas, de sentires y de formas de percibir y evaluar el mundo. Las tangibilidades materiales, como el vestido y el adorno —la moda en general— las diversas modalidades del habla y de la comunicación, los hábitos alimenticios y aun las orientaciones del pensamiento, de los valores y de la normatividad acusan los resultados de la interacción entre las élites y el pueblo.

En tal forma un licenciado Lamparilla, un doctor Codorniu, un noble como el marqués de Valle Alegre o como el conde del Sauz; un abogado como don Gregorio Muñoz (o don Pedro Martín de Olañeta) influirían y serían influidos por sus respectivas clientelas, como doña Pascuala y don Espiridión, Cecilia la frutera, don Pedro Ruíz y tantos más que entran en relaciones sistemáticas y de progresión íntima en

Los bandidos de Manuel Payno; La parcela de José López Portillo y Rojas y Los relatos costumbristas de Ignacio Manuel Altamirano.

Quizá ello da lugar a "la ilusión", a la posibilidad de la "nación" por una comunión que prescinde de las nacencias, procedencias y demás diferencias, en favor de una ideología como una simple creencia social, susceptible de toda averiguación.

Pero, ¿qué elementos destacados y destacables, significativos y significantes comprende la identidad popular establecida en las obras de nuestros autores?

Se podrían ennumerar o enlistar numerosos rasgos que, desde el medio ambiente o espacio físico, la interacción y el intercambio en lo cotidiano o en lo extraordinario, las instituciones, las contradicciones, los conflictos, las desigualdades y las oposiciones, hasta la significación del pasado y el presente, las representaciones, las diferencias en la moral y los valores y la generalidad de las creaciones y recreaciones populares en el ámbito de la cultura y de la sociedad, permitirían presentar la configuración de una identidad popular.

En tal posición, un criterio "objetivo" se apoyaría en la práctica de las percepciones y apreciaciones de los ámbitos regionales, citadinos, pueblerinos, de los barrios, los mercados, las viviendas y demás espacios de las representaciones. Pero la sociabilidad, al lado de las tendencias a la disolución social, al crimen y a la violencia; lo prosaico, la miseria y la suciedad; al lado de la querencia por integrarse a la naturaleza o contradecirla, adoptando conductas desviantes; distinguirse en el reparto, el uso y el gozo del tiempo, situarse en las aspiraciones y las diferencias vía la educación formal; saberse diferente en los refinamientos, en las formulaciones verbales, gesticulares y corporales... dar curso a lo lúdico de manera contrastada y diferencial constituye la realidad de la identidad popular.

Tal realidad depende de la objetividad de su representación, de su puesta en escena, de que ésta sea exitosa para los que se autoidentifican y son reconocidos e identificados por otros. Los logros obtenidos por tales imágenes, teatralizaciones o funciones públicas dependen de condiciones materiales que apoyan y dan razón de ser a las correlaciones simbólicas de fuerzas entre las diversas identidades.

En lo que concierne a la identidad popular de costumbre, como en identidades de otro tipo de sofisticación, existen necesidades fundamentales cuya satisfacción garantiza la permanencia y la presencia de

la identidad y de su reconocimiento. Si una constante se presenta como tal en ese nivel en los tres textos es la de aprehensión y reaprehensión de la identidad. Exhibirse, darse a conocer mediante todo tipo de subterfugios o de actos; manifestarse mediante celebraciones, formas de festejar, de conmemorar, de actuar para ser vistos, sentidos y tomados en cuenta, son procedimientos para reconocerse y ser reconocidos, son cursos y recursos conductuales que persiguen una institucionalidad; encontrar una existencia social en tanto que distinto.

Es evidente, respecto a la ilusión de nación a la que antes aludimos, que a ella corresponde una identidad colectiva, globalizante, donde las diferencias entre los actores se diluyen. A esta corresponde la colectividad, relativamente circunscrita por el Estado, donde se genera, conserva y transforma el discurso social común. Dentro de la identidad colectiva se crean, se relacionan históricamente y se constituyen funcionalmente como elementos estructurales las diversas identidades diferenciales. Las etnias y las regiones establecen particularidades de identidad colectiva; en tanto los rangos, los estamentos y las clases sociales constitúyen peculiaridades de las identidades diferenciales.

Las creaciones culturales, de identidades y de formas de interacción social de "los de abajo, los de arriba y los de los enmedios", que refieren nuestros tres novelistas difícilmente pueden ayudar a distinguir una identidad popular nítida en el México de los últimos dos decenios del siglo XIX. Ello se debe a varios factores que vale la pena mencionar, porque así lo hacen, directa o indirectamente cada uno de nuestros autores. El primero lo constituye el establecimiento de un Estado, fincado en una nación con una relativa preexistencia —lo cual supone la interacción de identidades diversas. El segundo —no necesariamente en términos jerárquicos o de importancia— es el de las comunicaciones: los caminos de herradura, los de las diligencias y los de hierro, junto a los del telégrafo y el correo acortan y minimizan las distinciones. Un tercero es la mengua de la provincialización frente a un proceso de urbanización que, con todo y mugre, lodazales, violencia, indiferencias e impersonalidades integra en alguna forma a los seres que confluyen a la capital. El comercio, alentado por las vías de comunicación, por la centralización y por la estabilidad estatal, constituye un cuarto factor que dificulta la determinación de lo popular de una identidad.

En un México que entra en el capitalismo y en lo que él implica, en cuanto a desarrollo se refiere, la persistencia de la indiada —las identidades étnicas— quedarán como "minorías". Pero también quedarán, como Fossaert señala (1983: 294-307), las identidades provinciales o regionales en cuanto la centralización y la debilidad de una estructuración política a nivel nacional y en términos del comercio que interconecta, al igual que la administración y la política que menguan las necesidades de identificación. Tal es el caso que muestran, cada quien por su lado, nuestros tres novelistas.

NOTAS

 La novela de Manuel Payno Los bandidos de Río Frío fue publicada originalmente en Barcelona en la forma de entregas, bajo el seudónimo autorial de "Un ingenio de la corte" y con el subtítulo de "Novela naturalista, humorística, de costumbres, de crímenes y de horrores".

En el prólogo a la edición que nos ha servido de referencia (Editorial Porrúa, S.A., Colección de Escritores Mexicanos, Segunda Edición, 1959), don Antonio Castro Leal consigna las ediciones precedentes, comenzando por la primera formal: Barcelona-México, 1889-1891. A esta siguió la editada en México por Manuel León Sánchez en 1928 en la Biblioteca Popular de Autores Mexicanos, dirigida por don Luis González Obregón; edición "corregida en vista de los apuntes y borradores facilitados por los herederos" (Castro Leal, Antonio, 1959, prólogo). La propia Editorial Porrúa, S.A. publicaría una edición de esta novela en cinco tomos, la que formó parte de su Colección de Escritores Mexicanos en sus volúmenes 13 a 17. El prologuista Castro Leal se encargó de ella.

Me ha parecido interesante consignar parte del prólogo que Payno escribiera, ya que ilustra bien sus propósitos, autorrestricciones y visión social: "Este ensayo de novela naturalista, que no pasará de los límites de la decencia, de la moral y de las conveniencias sociales, y que sin temor podrá ser leída aun por las personas más comedidas y timoratas, dará a conocer cómo sin apercibirse de ello, dominan años y años a una sociedad costumbres y prácticas nocivas, y con cuánto trabajo se va saliendo de esa especie de barbarie que todos toleran y a la que se acostumbran los mismos individuos a quienes daña. La civilización, de que todavía está muy distante el mundo todo, es una especie de luz difícil de penetrar y de alumbrar bien los ojos que parecen tapados, por siglos enteros, con una venda negra y espesa. No es éste un discurso sobre los progresos de la civilización en Europa y América, que si tal fuese, podrían marcarse los puntos negros que todavía manchan a las naciones que se tienen hoy por más cultas y adelantadas. Es sólo una especie de salvedad o advertencia al lector, para que no encuentre demasiado duras y amargas algunas de las observaciones y críticas que hallará en el curso del libro, procurando mezclarlas con lo ameno y novelesco para no fastidiar al lector, al que dedicamos estas cuatro líneas y al que tenemos positivo empeño en agradar." Manuel Payno. Madrid, agosto de 1888.

2. Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), escritor y etnógrafo paradigmático para nuestra literatura y antropología de matríz nacional, se valió de la prensa para divulgar —al igual que Payno lo hiciera con el capitulado por entregas de Los bandidos [...]— sus escritos, acogidos bajo el título general de Paisajes y leyendas, Tradiciones y costumbres de México, aparecían en

EL VERBO POPULAR

las secciones literarias de periódicos decimonónicos. El propio Altamirano, según escribió en el prefacio a esta parte de su obra, reunió todos esos escritos —a los que revisó, corrigió y enriqueció comentándolos— en un primer volumen que él mismo publicara en México, en 1884. El segundo salió a la luz en 1949; ambos en el género costumbrista. Este último fue un primer intento de divulgar sus obras completas en sus *Discursos*, divulgados por la SEP, siguiendo el ejemplo realizado en París en 1892. Gracias a la propia SEP, ahora gozamos de los veinte volúmenes de sus *Obras completas*, publicadas en México en 1986.

3. La parcela, novela escrita por don José López Portillo y Rojas (1850-1923), contrasta, al mismo tiempo que es equiparable a las de Payno y Altamirano. Surgió a la luz pública en el año de 1898 —ya en la candencia de los problemas agrarios que desencadenaran en México la inconformidad rural entre hacendados, agricultores, campesinos y peonada popular a partir de los albores del siglo XX. Fue don Victoriano Agüeros quien se ocupó de publicarlo en el volúmen II de su Biblioteca de Autores Mexicanos. Una segunda edición, corregida y aumentada, circuló en 1904 gracias a la imprenta El Tiempo. En la que nos hemos basado se debe a los tradicionales y loables esfuerzos de la Editorial Porrúa, S.A., que en México la publicó en su Colección de Escritores Mexicanos en 1982.